

LA CAMILA

Hoy mi pensamiento me ha llevado a aquellos tiempos de mi niñez, mis correrías por El Despoblado, El Guapinol, la quebrada de Los Terreros... Los cuentos de los abuelos acerca del Cadejo, de la Carreta Nagua, El Padre sin Cabeza, los cuales contaban como reales al calor del fogón allá en la cocina, mientras se escuchaba el chirriar de la leña al encenderse, dándole un tono fantasmagórico las llamas al elevarse llenando de hollín el techo con sus tejas de barro cocido.

He recordado la historia de La Camila, mujer de Lencho, a quien algunos cuentan que el indio decapitó. Otros decían que, en efecto, Lencho la mató por celos, pero ahorcada allá cerca de La Chorreada...

El pueblito se ubicaba paralelo al Río Grande, donde hoy es la comarca de San Gregorio. Enormes árboles de Guanacaste, Chilamate, robles y encinos rodeaban el paraje. Reinaba la paz y la tranquilidad por doquier, pero aquel año estos atributos legados por Nuestro Señor se esfumaron, decían los ancianos que era un castigo de Dios, la fuerte crecida del Río Grande arrasó con casas, cosechas, perros, chanchos y hasta con algunos habitantes del poblado.

Entonces los Ramírez, los Muñoz y los Lagos, emigraron al nuevo pueblo, Pueblo Nuevo, al que dieron forma organizada como lo enseñaba el legado español: la plaza al centro con la iglesia al frente y, al otro lado, el comando con sus guardias, siempre haraganeando en el corredor o limpiando sus Garands; después, a su alrededor las casas con sus tejados de barro, sus paredes de taquezal y aquel gran patio donde se criaban las gallinas, patos,

chompipes, vacas y caballos... y la vida continuó su curso inexorable.

Al Pueblo Nuevo como se le llamó desde entonces, concurrían todos los domingos, desde La Guayaba, La Palangana, San Sevastián, Río Arriba, Los Capulines, El Paraíso llamado también Los Molinos y Guasaule, los campesinos a caballo o a pincel, vestidos con sus mejores galas, con sus guacales, sacos, alforjas y canastos llenos de cebollas, tomates y repollos...Cinco centavos una cebolla, diez centavos por un repollo, diez o doce guinellos por cinco centavos... Las calles se llenaban con campesinos que las recorrían a caballo, elevando densas nubes de polvo rojizo, mientras gritaban a voz en cuello estimulados por el guarón o la cususa: “! Soy hombre, jodido!” ¡Soy perro a las mujeres! ¡Aquí hay plata jueputa!

Así transcurría el día... Poco a poco los campesinos se alejaban borrachos “arriando” a sus mujeres, sin reales, sin guinellos, sin repollos, dejando éstos en el pueblo a cambio de los riales y los riales a cambio de la cususa, llevando sólo su borrachera y sus mujeres de regreso, porque en fin, PARA ESO TRABAJA EL INDIIO: PARA BEBER CHICHA EL DOMINGO. En el pueblo quedaban los frutos del trabajo y los reales.

Por supuesto que Lencho y la Camila también eran infaltables en el Pueblo Nuevo todos los domingos. El montado en la burra ensillada con aquella albarda de cuero crudo que Froilán había forjado con el cuero de la vaca muca que se murió en aquella sequía (o sequilla de acuerdo al léxico natal), la jáquima hecha con mecate de pita que él mismo hizo y que tenía buen cabresto (el mecate que va de la jáquima para atar a la bestia), largo y fuerte para poder apersogar diario. Vestido con sus buenos caites también de cuero crudo, que dejaban al descubierto sus gruesos dedos, llenos de callos más resistentes que el mismo caite y en los cuales podían apreciarse las niguas que la Camila no había podido

sacar el sábado anterior por la noche. Su camisa de manta, con cuello de boca en V y mangas hasta el codo; su pantalón de yute y el sombrero de palma que logró comprar aquel domingo en la venta de la esquina, que por milagro capeó su costo: cuarenta y cinco centavos que le sobraron después del guarón y los puros de buen tabaco.

Ella, con sus pies descalzos, sus enaguas largas hasta debajo de las rodillas, de manta floreada en azul, rojo y amarillo y su blusa también de manta, con mangas largas hasta el codo. Cargando en aquel guacal grande todo lo que se podía vender en el Pueblo Nuevo.

Mientras Lencho se paseaba por el pueblo montado en su burra, la Camila vendía sentada en la acera de la esquina. Unas horas después se reunían: él para verificar cuántos reales hizo ella producto de la venta.

Te dejo cinco reales, le decía, para que llevés dulce, jabón del país y, en fin, lo que haga falta. No malgastés en babosadas, que la vida está cara.

Y se alejaba espoleando a la burra en busca de chicha, guaro y puros. Por la tarde, el regreso al valle, como todos los domingos.

Aquel día la tormenta azotaba el cerro casi sin dejar trabajar; los truenos y relámpagos atronaban el ambiente; la montaña ni se miraba tan llenita estaba de nubes que cubrían su cabeza; Lencho y Terencio se guarecían de la tormenta debajo de aquel Guanacaste que les protegía de la lluvia, aunque no dejaba de ser un peligro por si un rayo se dejaba caer y les mataba de un solo, pero eso no es nada si PARA MORIR NACIMOS.

Terencio dejó caer lentamente las palabras llenas de segunda intención:

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

